

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Saboreando el cielo	145
Una gran sed	151
Alejamiento y retorno	161
El alimento del creyente	171
Meditaciones breves (V) Salmos 23 y 24	178
Extracto de carta de H.Rossier	180

Año XII. Nº 5

Septiembre - Octubre 2007

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2007 Todos los derechos reservados. Editor: Roberto Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios, citando la fuente:

« **EN ESTO PENSAD, LECTURAS DE EDIFICACIÓN CRISTIANA,**

www.lecturashiblicas.org »

Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
(<i>M. E.</i>)	=	<i>Messenger Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

SABOREANDO EL CIELO

El evangelio según Juan nos presenta a la persona del Señor Jesús como el Hijo de Dios. A menudo se ha señalado también que este evangelio comienza con dos capítulos en los que se menciona tres veces la expresión “el siguiente día” y que ellos contienen un carácter esencialmente simbólico. Asimismo se ha hecho notar que finaliza con dos capítulos que mencionan las tres manifestaciones del Señor después de su resurrección, y que también tienen un carácter simbólico. Antes de estos últimos pasajes, los capítulos 18 y 19 nos ofrecen el relato de la crucifixión y de las circunstancias que tuvieron lugar inmediatamente, tanto antes como después de ella.

Desde el capítulo 3 hasta el capítulo 17, se desarrollan tres temas principales: la vida, la luz y el amor. Los capítulos 3 a 7 presentan de manera muy especial el tema de la vida eterna, sobre la cual ellos enfatizan. En los capítulos 8 a 12, el Espíritu Santo nos hace fijar nuestra atención sobre el tema de la luz, entre varios otros. Y, finalmente, los capítulos 13 a 17 se encuentran enteramente llenos de amor.

Estos tres temas se nos presentan en un orden moral que conviene subrayar. En primer lugar es necesario que poseamos la vida eterna, sin la cual no podríamos gustar ninguno de los demás dones de la gracia de Dios. Por cierto, si Dios nos ha dado la vida eterna, se debe a que Él nos amó; y esto se nos asegura al comienzo de esta parte del Evangelio (3:16). Pero el hecho de que, por un lado, Dios nos haya amado hasta el punto de dar por nosotros a su Hijo unigénito y, por otro, que podamos gozar de su amor, son dos cosas diferentes. La primera se

halla al principio del capítulo 3, y la segunda se desarrolla más adelante, en los capítulos 13 a 17. Por el hecho de poseer la vida eterna somos llamados a andar en la luz siguiendo a Aquel que dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12). Para tener la capacidad de seguirlo y de imitarlo como Modelo, primero es necesario haber nacido de nuevo (Juan 3:3-8), y la obra del nuevo nacimiento sólo puede operarse en nosotros como fruto de una obra perfecta cumplida a nuestro favor en la cruz del Calvario (Juan 3:14-16).

Andar en la luz consiste en caminar verdaderamente separados del mundo y de las cosas que están en el mundo. La luz manifiesta todo, y por ella podemos juzgar delante de Dios todo lo que es opuesto a su carácter (1.ª Juan 1:5-10). Así es como podemos hallarnos en un estado moral conveniente para gozar del amor del Padre y del amor del Hijo (cf. 1.ª Juan 2:15); y entonces podemos penetrar, con el corazón y no sólo con la inteligencia, en lo que se nos presenta a lo largo de los capítulos 13 a 17.

No es posible apreciar y saborear el amor insondable con el que hemos sido amados y seremos amados por la eternidad, si no somos hijos de Dios y si no andamos en la luz, siguiendo a Aquel que fue aquí abajo la luz del mundo. Cuando un creyente goza poco del amor del Padre y del amor del Hijo, por lo general se debe a que experimenta muy poco tal andar en la luz. Entonces la conciencia no se siente a gusto delante de Dios; mantiene un pecado no juzgado y esto turba el goce del amor del cual el Señor quiere que nuestros corazones estén llenos.

Hagamos aún dos observaciones. Notemos previamente que el primer versículo de este conjunto de cinco capítulos

(13 a 17) nos habla del amor del Hijo; y el último del amor del Padre, del amor con el cual ama al Hijo y del cual el Hijo desea que llene nuestro corazón (13:1 a 17:26). ¡Es bello contemplar cómo está encuadrado este tema maravilloso! Subrayemos inmediatamente esto: al final del capítulo 17, el Señor le pide a su Padre que los suyos estén con él para que vean la gloria que le pertenece desde la eternidad, la cual dejó para venir a morir en la cruz y que ahora Él ruega a su Padre que le dé: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén **conmigo**, para que vean mi gloria que me has dado...” (v. 24). Una parte **con Él**, ¡es el cielo!

Muchísimas veces se han formulado las siguientes preguntas: ¿Qué es el cielo? ¿Cómo será? ¿Qué haremos allí? Si Dios hubiera querido darnos detalles sobre el paraíso celestial, sin duda después de que el apóstol Pablo fuera arrebatado al tercer cielo, le habría permitido describir todo lo que vio allí. Pero, al contrario, el apóstol declara que oyó “palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2.ª Corintios 12:4). ¡De tal manera excede esto a todo lo que podríamos comprender! Por otra parte, en los pensamientos de Dios no se encuentra el propósito de revelarnos todo. El silencio del apóstol nos demuestra que se buscaría en vano otras explicaciones. Todo lo que se ha podido decir y escribir sobre este tema es sólo el producto de la imaginación humana, la cual, en el dominio de las cosas de Dios, es tan fácilmente llevada a querer penetrar en lo que a Dios le pareció bien mantener en secreto en el tiempo actual, olvidando que “las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios” (Deuteronomio 29:29).

Cuando la Palabra de Dios nos habla de ese lugar de inefables delicias, donde todo es paz y gozo, donde gustaremos

de una felicidad sin fin y sin nubes, ella nos dice solamente que estaremos allí con el Señor (Lucas 23:43; Juan 14:3 y 17:24; 2.^a Corintios 5:8; Filipenses 1:23; 1.^a Tesalonicenses 4:17). Su presencia es suficiente para llenar de regocijo el corazón del redimido, y la contemplación de su adorable Persona constituye la fuente de las inagotables delicias del santo lugar. Estar “siempre con el Señor” es el cielo, es la porción eterna de los creyentes.

El Señor nos ha salvado para el cielo y no para la tierra. Antes de dejar a los suyos, Él les dijo: “...Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:2-3). En la oración que dirigió a su Padre antes de ir a la cruz y en la cual considera como acabada la obra, pudo decir: “...Y yo voy a ti... Ahora voy a ti...” (Juan 17:11, 13). Dios iba a glorificarlo “en seguida”, sin esperar la gloria del reino, porque Dios había sido glorificado en Él (Juan 13:31-32). El Hijo del Hombre tenía derecho a la gloria de Dios. Cristo iba a recibir de su Padre la gloria que adquirió mediante sus sufrimientos y su muerte expiatoria, y desea que nosotros tengamos parte con Él: “La gloria que me diste, yo les he dado...” (Juan 17:22). Pero también iba a ser glorificado al lado del Padre con la gloria que tenía con él antes que el mundo fuese (Juan 17:5).

El Señor quiere que los suyos vean esa gloria, gloria que era suya desde la eternidad y con la cual sería glorificado después de haber adquirido una nueva gloria. El Señor quiso que los suyos estén con él para siempre a fin de que contemplen esa gloria que el dejó para venir a este mundo a morir en la cruz del Calvario. De esta manera ellos podrán apreciar por la eternidad la medida de Su humillación y Él tendrá a su alrededor los frutos

de su victoria, a aquellos a quienes amó hasta la muerte de cruz, y a quienes el Padre le dio, los cuales eran pecadores y perdidos, para llevarlos a esa gloria a la que Él quería introducirlos como hombres salvados y perfectos, como “hijos” capaces de adorar eternamente al Dios de amor (cf. Hebreos 2:9-13).

Nuestros corazones saltan de alegría ante el pensamiento de que muy pronto ese deseo, expresado por el Señor en esta oración que dirigió a su Padre, será respondido: nosotros estaremos con Él por la eternidad, y Él “verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:11). Los redimidos de Cristo, ¿necesitarán otra cosa que la presencia de Aquel que los amó hasta entregarse a sí mismo por ellos?

¡Pero el Señor no quiere esperar hasta ese momento para darnos una parte consigo! Él desea que nosotros la gustemos desde aquí abajo. Y es muy notable que el Señor utilice la expresión “**conmigo**” al principio de este conjunto de cinco capítulos, como también que se valga de la misma al final (13:8 y 17:24). ¡Con Él ya aquí abajo, mientras esperamos el día glorioso en que estaremos con Él en la eternidad! ¡Qué dulce es tener el privilegio de saborear en la tierra, en medio de un mundo enemigo, a través de nuestras dificultades y pruebas, un anticipo del cielo! ¿Sabemos que tenemos tal privilegio? Y si lo sabemos, ¿en qué medida lo gozamos?

Para gozar de ello es necesaria una condición, la que el Señor le indica a Pedro: “Si no te lavare, no tendrás parte **conmigo**” (Juan 13:8). El Señor fue a prepararnos lugar en la casa de su Padre y, mientras esperamos para ocuparla, Él mismo nos prepara para esa estadía eterna en la gloria, dándonos la gracia de tener ya una parte **consigo** en el presente. Podemos tener tal parte sólo en la medida en que nuestros pies estén lavados, pues

todas las impurezas que se nos adhieren al caminar constituyen un obstáculo que nos impide gozar de dicha parte con Cristo.

A Aquel que sabe con cuánta facilidad nos ensuciamos al caminar aquí abajo y que, sin embargo, quiere darnos una parte con Él, le agrada hacer un precioso servicio a nuestro favor: lavar nuestros pies. Al ejercer este oficio, Él obra en nosotros por medio de la Palabra para que todas las manchas sean quitadas y así nada nos impida gozar de su comunión. En la eternidad tendremos con el Señor una comunión sin interrupciones, una misma parte con Él, **compartida con todos los redimidos** en la casa del Padre. Y en el tiempo actual podemos tener ya una verdadera comunión con Él, una misma parte con Él, **compartida con todos los redimidos ¡que dejan que el Señor les lave los pies!**

¡Qué inmensa pérdida sufrimos cuando en lugar de dejar que el Señor haga ese servicio, seguimos caminando y dejamos adheridos a nuestros pies todas las impurezas que hemos acumulado en el curso de nuestros contactos con el mundo! Caminamos por esta tierra olvidando tantas veces que no somos del mundo, así como nuestro perfecto Modelo tampoco lo era. Por eso demasiado a menudo pensamos como el mundo, obramos como el mundo y vivimos como el mundo, y esto nos parece muy normal... Quizá no cometemos pecados graves y nos conducimos honestamente, siguiendo la acepción que los hombres dan a este término, y eso nos satisface. Y a veces ¡apenas imaginamos que para el creyente puede haber otra manera de vivir! No pensamos que para el redimido puede haber una parte “con Cristo”, es decir, el goce de su comunión, vivida realmente cuando dejamos que la Palabra obre en nuestro ser interior, ejercite nuestra conciencia y nos lleve a juzgar todo lo que no

está en concordancia con los pensamientos de Dios, lo cual nos hace desembarazar de lo que es del mundo, para que nuestros corazones estén llenos de las cosas celestiales y considerando a Cristo en la gloria.

¡Qué vida feliz podemos vivir de este modo, cualesquiera que sean las circunstancias que se nos presenten en el desierto! Una vida durante la cual, si la vivimos así en alguna medida, nos sería concedido gustar algo del cielo, de manera que la partida de este mundo, para estar con Cristo en lo alto, ¡no implicaría casi ninguna transición! Así fue, sin duda, la vida de Enoc, quien “caminó **con Dios**, y desapareció, porque le llevó Dios” (Génesis 5:22 y 24).

¡Quiera Dios obrar en nuestro corazones para producir en ellos el ferviente y santo deseo de vivir tal vida! ¡Qué Él nos conceda la gracia de dejar que el Señor cumpla en cada uno de nosotros el servicio que a él le agrada ejercer ¡para que nuestros pies sean lavados sin cesar! Y que así tengamos una parte **con Él** ya en el presente, mientras esperamos el glorioso día en que estaremos “**siempre con el Señor**”.

P.Fuzier (M. E. 1951)

UNA GRAN SED

“Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas, consolaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras” (Hechos 15:32)

«¡Por desgracia, hoy ya no tenemos más profetas! ¡No tenemos a nadie que nos hable en nombre de Dios!» Y, para emplear las expresiones de un profeta del Antiguo Testamento:

“...Enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová” (Amós 8:11). Esto es lo que muchos piensan y lo que dicen algunos de entre nosotros. ¿Acaso no hay razón para ello? Ciertamente, se nota la escasez de un ministerio vivo y vivificante. Los santos suspiran tras un refrigerio espiritual. En las reuniones, parece verse apatía en cada uno de los que asisten, todo parece seco y apagado, monótono y teñido de formulismo. ¡Siempre y siempre se oyen las mismas oraciones, los mismos cánticos, las mismas porciones de las Escrituras! ¡Oh, qué sequía se ve en todo esto!

¿Cuál es la causa de tal languidez? Muchos responden: «Es por la falta de ministerio.» No hay dudas de que el ministerio es el medio dado para fortalecer a los santos mediante la Palabra, tal como Judas y Silas lo hicieron en Antioquia, según el texto citado al principio. Pero, en nuestra experiencia práctica actual, a menudo sucede que aquellos que necesitan el ministerio no lo reciben; mientras que, por otro lado, los que lo reciben no sienten que lo necesitan.

En cada uno de estos casos, ¿por qué nos quejamos de los hermanos que presentan el ministerio cuando nos sentimos fatigados y tristes? ¿Por qué murmuramos contra los siervos del Señor cuando nos hallamos sin refrigerio? Al obrar así olvidamos a Aquel que “tiene cuidado” de nosotros (cf. 1.^a Pedro 5:7), y que lo hace mucho mejor que cualquier «ministro».

Por cierto, no es Su voluntad que transcurra semana tras semana dejándonos sedientos y sin refrigerio. ¿Le hemos hablado al Señor del malestar que sentimos respecto a todo lo que concierne a la comunión? ¿Tenemos sed? Sí, ¿pero de qué? ¿De exhortaciones de alguien como Judas o como Silas, quienes en la antigüedad hablaron en Antioquia, y que nos hicieran

sentir nuevamente “que verdaderamente Dios está entre nosotros” (cf. 1.^a Corintios 14:25)?

Al menos tres veces el salmista menciona su sed de Dios (Salmo 42:2; 63:1 y 143:6). Y nosotros, en nuestras súplicas, ¿le hemos dicho al Señor: «¡Oh, Señor, tengo sed; tengo sed de Ti!»? ¿O acaso esa sed es la que nos hace murmurar por el descontento y manifiesta así que no estamos satisfechos con nuestra parte?

¿De quién es la falta?

Aquellos amigos que se afligen así, quizá se sorprenderían si se les recuerda que tal desdichado estado espiritual proviene de ellos mismos. Pues sólo puede originarse en una de estas tres fuentes: el propio Señor, sus siervos o nosotros mismos. En todo caso, no procede del Señor, quien jamás permitirá que los suyos sufran una privación de sus recursos sólo porque él se propusiera retenerlos. ¿Acaso provendrá de sus siervos? No, después de todo, ellos están entre los santos solamente para cumplir la voluntad del Señor, yendo a donde son enviados, llevando a cabo lo que él les ordene hacer y sin que puedan ofrecer nada si no proviene de su Persona. Por lo tanto, tal infeliz estado espiritual proviene de nosotros mismos; y tentamos al Señor al dudar de su amor y al no reconocer su poder. En consecuencia, nos marchitamos.

¿Acaso lo que manifestó Israel en Refidim (Éxodo 17), no fue incredulidad y egoísmo? ¿Quién los había guiado hasta allí? El pueblo había seguido la columna de nube. Jehová ya había demostrado antes el especial interés que tenía en ellos. Él los había llevado a través del mar Rojo y había destruido a sus enemigos, los egipcios. Dios había previsto todo para suplir las ne-

cesidades que tuvieron durante los dos meses que habían pasado en el desierto. Él había endulzado las aguas amargas de Mara; los había conducido a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras; les había dado codornices a la noche y a la mañana el maná que descendía del cielo...

Pero en ese momento, en Refidim, tuvieron sed, y se levantaron contra el siervo de Jehová. Murmuraron contra Moisés, contendieron con él y estuvieron a punto de apedrearlo. Le reclamaban a él que les diera agua para beber. Sin embargo, el que dividió las aguas del mar Rojo no había sido él, y tampoco había atraído las codornices al campo, ni procurado el maná para cada familia. Pero los ojos de ellos estaban fijos sólo en Moisés; se hallaban en un estado de gran debilidad y de miseria, y murmuraron contra el siervo de Jehová: “¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?” (Éxodo 17:3).

Estas palabras del pueblo revelan el estado en que se encontraban sus corazones. Manifestaban incredulidad. Olvidaron de qué poderoso modo había obrado el brazo de Jehová para librarlos; olvidaron la promesa que les había hecho de llevarlos con toda seguridad al monte de su heredad. Incluso ya ni veían la columna de nube, la cual, sin embargo, estaba bien visible en medio del campamento. ¿No era ésa la causa de su terrible sed? Su falta de fe los había llevado a esa situación. Pero, entonces, Moisés les dijo esta verdad: “¿Por qué altercáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Jehová?” (Éxodo 17:2).

Tentar a Jehová equivale a dudar del amor con que Dios nos prodiga sus cuidados, y de su poder para proveernos de todo lo que necesitamos. Tentar así a Jehová ¡es un horroroso pecado cometido por un pueblo redimido! Y nosotros, ¿no he-

mos tentado al Señor? ¿No hemos dudado de su amor para alentarnos y de su poder para preservarnos? ¿No hemos apartado nuestros ojos de la “columna de nube” que está en medio de nosotros? No nos sorprendamos si vemos a tantas almas que no encuentran ninguna fuente en el valle de Baca, mientras que la fe hace que un peregrino siempre la descubra (Salmo 84:6).

Es evidente que la causa secreta que produjo labios secos, o que incitó las lenguas indómitas de Refidim se encontraba en el hecho de que el pueblo había cerrado los ojos a la presencia del Dios Salvador y Omnipotente. ¡Ellos alimentaban el grosero pensamiento de que Jehová los había hecho salir de la casa de servidumbre sólo para hacerlos morir en el desierto! Desconfiaban de Jehová y despreciaban a Moisés. Tenían “Masah” (tentación) en el corazón y “Meriba” (rencilla) en los labios.

En sus tiendas no se oían oraciones; no recordaban delante de Jehová las promesas hechas a los padres, a Abraham, a Isaac y a Jacob; no invocaban a “**Yo Soy**”, el nombre maravilloso de Dios, el cual les había sido anunciado en Egipto. Como pobres seres humanos torpes, habían clamado a **Moisés**: “Darnos agua para que bebamos.” El Señor de las fuentes escondidas, de los arroyos desbordantes estaba completamente olvidado por ellos. Era la provocación, el día de la tentación en el desierto.

El pueblo recurría a Moisés con el objeto de obtener el agua que este siervo no tenía el poder de darles. Es posible que algunos a quienes les hace falta un refrigerio espiritual no lo recibían porque lo buscan allí donde no se encuentra. Esperan que el siervo les dé el deseado refrigerio y no el Señor. Refidim nos enseñará algo más aún respecto a esto.

Agua viva para los santos sedientos

“He aquí que yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Horeb; y golpearás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo” (Éxodo 17:6).

En Refidim, el redimido pueblo de Israel murmuró. Se estaba consumiendo de sed, y esto les sucedía porque no le habían pedido a Dios al respecto. En su necio desvío, el pueblo censuraba a Moisés, el varón de Dios, quien les mostraba la verdad sobre este caso. Ellos tentaron a Jehová mediante su incredulidad. Pensaban que Dios **no quería** y que **no podía** darles agua para beber en el desierto. Incluso, hasta llegaron a dudar de la presencia de Jehová entre ellos, diciendo: “¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?” (v. 7).

¿Qué podría hacerse con este pueblo de corazón endurecido? Sus integrantes habían visto el brazo de Jehová extendido a favor de ellos en Egipto, en el mar Rojo, en Mara, en Elim y en el desierto de Sin. ¡Pero aquí decían: Moriremos de sed! Sin embargo, ellos sabían —pues sus padres les habían contado— que Dios le había mostrado un pozo de agua a Agar, cuando ella y su hijo Ismael la necesitaron en el desierto de Beerseba (Génesis 21). Dios, quien había preservado a Ismael, el hijo de la carne, ¿dejaría morir de sed a la simiente de Isaac? No, Jehová reveló en Refidim la fuente inagotable de refrigerio para todos sus redimidos durante la travesía del desierto.

La roca golpeada y las aguas que corrieron

Cuando se encaminaban hacia la tierra prometida, los hijos de Israel tenían delante de ellos un largo trayecto a través de una tierra árida y sin agua, y Jehová mandó a Moisés que les hiciera ver algo que debía permanecer vivo en sus memorias du-

rante toda su estadía en el desierto; algo que fue hecho una vez y que jamás debía repetirse: la provisión que Jehová daba a su pueblo sediento.

Moisés tuvo que tomar consigo a los ancianos de Israel, representantes de la nación entera, para que vieran lo que Jehová su Dios iba a hacer por ellos. Era necesario que Moisés pasara delante del pueblo acompañado por esos ancianos, y portando su vara. Esta vara estaba bien identificada: “Toma también en tu mano tu vara con que golpeaste el río y vé” (Éxodo 17:5).

El recuerdo de Egipto es traído a la memoria en Refidim. En Egipto, la vara de Moisés había golpeado las aguas del Nilo y éstas habían sido convertidas en sangre (Éxodo 7:20), primera de las grandes plagas que habían caído sobre ese país rebelde. ¿Acaso esa vara serviría también para traer plagas sobre Israel incrédulo? Cuando esa terrible vara había golpeado, los egipcios habían visto el testimonio de la muerte en sus canales y sus ríos. ¿Tendría que golpear aún para que el testimonio de la muerte visitara las tiendas de Israel?

Frente a esto, si los israelitas no fueron asaltados por el terror, ciertamente tenían evidentes motivos para sentirse espantados. Pero Jehová fue misericordioso y lleno de gracia. La indocilidad de la carne de ellos había sido probada desde el paso del Mar Rojo, y era necesario que esa raíz de pecado, interna e incurable, fuera juzgada. La vara que había golpeado el río en Egipto, ahora debía golpear la Roca en el desierto. Cuando la plaga cayó sobre los egipcios, éstos ya no pudieron beber las aguas del río (Éxodo 7:21); pero ahora, de la roca iban a brotar aguas vivas.

El lugar donde estaba Jehová

En la región montañosa de Horeb había muchas peñas. ¿Cuál de ellas debía ser golpeada? ¿Cómo distinguirla? Las instrucciones dadas a Moisés eran precisas: “He aquí que yo estaré delante de ti sobre la peña en Horeb; y golpearás la peña.” Notémoslo bien: “Yo estaré... sobre la peña... y golpearás la peña”, ¡no a Israel! ¿Qué habrá podido pensar Moisés sobre la orden de golpear con su vara el lugar donde estaba Jehová? Esto habrá tenido que recordarle lo que había sucedido unos años antes, cuando se encontraba allí con el rebaño de Jetro, y Jehová le había aparecido en medio de una zarza ardiente (Éxodo 3). Él escuchó que ese lugar había venido a ser una tierra santa por la Presencia inefable, y que debía quitar el calzado de sus pies. La peña de Horeb era ahora el lugar de sus pies, y recibió la orden de golpear esa peña santa con la vara del juicio. “Y Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel.” ¡Qué espectáculo fue para ellos! ¡Y también para nosotros hoy!

Los ancianos de Israel tenían allí, delante de sus ojos, un anticipo típico del Cristo de Dios, herido. Veían en figura la condenación del pecado en la carne, de la raíz de todas sus murmuraciones en el desierto; pues “la Roca era Cristo” (1.ª Corintios 10:4). Ellos veían también, siempre en figura, por qué no fueron golpeados por la vara de la ira de Dios. Y, mucho más, pudieron ver allí la fuente de esa bebida espiritual prevista para su refrigerio durante todo el tiempo que estuvieran en el desierto.

El don del Espíritu

“Y saldrán de ella aguas, y el pueblo beberá.” Podemos notar que la vara no ha tenido que golpear antes de que viniera el maná (Éxodo 16). “Yo soy el pan de vida”, dijo el Señor Je-

sús en Capernaum; “el que a mí viene, nunca tendrá hambre” (Juan 6:35). Pero cuando enseñaba que ríos de agua viva iban a correr para aquellos que creyeran en Él, decía esto del Espíritu que sería dado después de que Él hubiera sido glorificado (Juan 7:37-39), y antes de haber sido herido en la cruz.

Así, pues, el Espíritu Santo fue derramado el día de Pentecostés (Hechos 2), después de que Cristo Jesús fuera crucificado y de que Dios le hiciera Señor (v. 36). La ascensión de Cristo manifestó la presencia de Jehová sobre la Peña golpeada, y el agua viva corrió para refrescar a las almas sedientas en Jerusalén, las cuales durante diez días habían llorado la ausencia de su Señor resucitado. “Comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo” (vv. 46-47). Las aguas celestiales corrían y todos se sentían gozosos, estando llenos del Espíritu.

También hubo gozo en Refidim, cuando todos esos hombres, esas mujeres y esos niños sedientos pudieron saciar su sed con las aguas frescas de la roca abierta. Pero el lugar fue llamado Meriba a causa de la rencilla que tuvieron con Moisés, y Masah porque tentaron a Jehová, diciendo: “¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?”

Sin embargo, a pesar de la maravillosa gracia de la que fueron objeto, su incredulidad iba a manifestarse nuevamente en Cades, donde el pueblo riñó aún con Moisés, porque no había agua para beber. De nuevo ellos olvidaron a Jehová, quien les había dado en Horeb agua de la peña (Números 20).

Pero esta vez no era necesario golpear con la vara de Moisés; bastaba con hablarle a la Peña a vista de ellos (Números 20:8). Nuestros hermanos sedientos, que censuran a los siervos del Señor, ¿habrán hablado a la Roca que está delante

de sus ojos? ¿No habrán olvidado que Él está siempre “en medio”? La Roca golpeada es la fuente inagotable del agua de vida, cuyos arroyos de verdad y de gracia corren sin detenerse, a través del desierto, para dar regocijo a los hijos de Dios. El buen Pastor nos ha llevado a “aguas de reposo”.

Piensen en esto todos los que están afligidos, y avergüéncense de sus quejas. La Peña estaba “a vista de ellos” y los israelitas decían: “No hay agua par beber.” Esa Roca era Cristo de quien el agua de vida corre abundantemente. Si alguno del pueblo de Dios dice: «Morimos de sed», ello será siempre la manifestación de la peor incredulidad de su parte.

Hoy, además de las reuniones de culto, de oraciones, y de lectura de la Palabra, ¿no tenemos las Santas Escrituras en nuestras manos y no dan ellas testimonio de Cristo? Leámoslas, pues, en particular, para nuestro provecho personal. Incluso cuando estamos solos, podemos orar al Padre en el nombre del Señor Jesús para que él nos conceda la ayuda y el aliento que necesitamos. Oremos, pues, por nosotros mismos así como por los demás. El Señor mismo está siempre con nosotros. Mantengámonos constantes en su comunión, y dejemos de quejarnos.

Las aguas vivas que refrescan, esas aguas por las cuales suspiran las almas sedientas, están con nosotros ahora, a nuestra puerta. Terminemos con las quejas vanas e incrédulas. Inclínemonos, bebamos y vivamos. Nuestro Señor Jesucristo es la fuente, el pozo profundo del amor.

*¡Oh, Roca mía!, el agua pura de tu gracia
corre hacia mí para refrescarme;
de tu Espíritu que la santa eficacia
guarde mi corazón, para no murmurar jamás.*

W.J.Hocking (M. E. 1955)

ALEJAMIENTO Y RETORNO

Jeremías, capítulos 2, 3 y 4

Estos tres capítulos señalan, de manera muy conmovedora, la importancia que el Señor le otorga al hecho de tener a su pueblo cerca de sí. El corazón del Señor Jesús sólo está satisfecho cuando nosotros —tú y yo— nos encontramos cerca de Él, y nada puede llenar de satisfacción nuestro corazón como el hecho de estar cerca del Señor, pues, como dice la Escritura, “el descarriado de corazón”, “el corazón que se aleja [de Dios] se saciará de sus propios caminos” (Proverbios 14:14; versión francesa de J.N.Darby). No dice simplemente: «el que se aleja **exteriormente**», sino el que se aleja **de corazón**.

Dios es infinitamente sabio cuando dice: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23). Además, acerca del hombre, dice que “cual es su pensamiento **en su corazón**, tal es él” (Proverbios 23:7). Vivimos en un tiempo en que la inteligencia va más mucho más allá de los afectos; y, en el fondo, esa necesidad de poder espiritual, a menudo no es otra cosa que orgullo de corazón. Tengamos cuidado del alejamiento del corazón; Dios quiere realidades.

Tal como lo demuestran estos tres capítulos, Dios tenía en la antigüedad un pueblo al que amaba con profundo amor, amor que Él no dejaba de manifestarle. Estos textos también nos muestran cómo Dios siempre trató de atraerlo cada vez que se alejó de él. En el pueblo mismo podemos ver la imagen de lo que son nuestros corazones, y aprender cuál es la única manera de volver a Dios, si nos hubiéramos alejado de él.

Ahora bien, Dios se ocupa de aquel que se ha alejado, pero de un modo diferente del que nosotros podríamos pensar, pues sus caminos son perfectos. En tiempos del rey Josías hubo un gran despertar (2.º Crónicas 34 y 35). Pero Dios veía que tal despertar era sólo superficial; en el fondo, los corazones no habían cambiado. “La rebelde Judá no se volvió a mí **de todo corazón**, sino fingidamente, dice Jehová” (Jeremías 3:10). No había sido, pues, un despertar verdadero. Por eso fue enviado Jeremías.

“Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Anda y clama a los oídos de Jerusalén, diciendo: Así dice Jehová: Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada. Santo era Israel a Jehová, primicias de sus nuevos frutos. Todos los que le devoraban eran culpables; mal venía sobre ellos, dice Jehová” (Jeremías 2:1-3). Habían transcurrido ochocientos cincuenta años desde que este pueblo, en obediencia a Dios, había vuelto las espaldas a Egipto y a sus “ollas de carne” (Éxodo 16:3), y había salido para Jehová. Entonces, Israel era santo (o santidad) a Jehová, un pueblo separado para Jehová. Es bello contemplar el afecto, la energía y el fervor que caracterizan a un recién convertido; pero después de cierto tiempo, ¿habrá conservado su corazón tanta frescura como cuando se convirtió? Puede haberse olvidado de todo esto; pero Dios no lo olvida, y dice: “Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí.” ¿Dónde? Pues en un desierto, donde no había hierba, ni agua, y tampoco nada para comer.

El capítulo 2 de Jeremías se parece mucho al capítulo 2 del Apocalipsis. En este último, el Señor le dice a la iglesia de

Éfeso: “Tengo contra ti, que has **dejado** tu primer amor” (v. 4). No le dice: «Has **perdido** tu primer amor», sino: «Lo has “**dejado**”. Algo se ha interpuesto entre tú y Yo, me ha eclipsado, y todo tu afecto y tu interés por mí han desaparecido; ahora tú puedes prescindir de mí; pero hubo un tiempo en que no era así.» ¿Y nosotros? ¿Dónde se encuentran nuestras almas en cuanto a Cristo? ¡Oh, si nuestra conciencia nos acusa de alguna decadencia en nosotros, si nuestro corazón se da cuenta de ello, es extremadamente importante que le prestemos toda la atención!

El gran pecado de Israel fue ignorar absolutamente su decadencia. Años antes, Dios ya les había hablado mediante otro siervo, el profeta Oseas, diciendo: “Efraín se ha mezclado con los demás pueblos; Efraín fue torta no volteada. Devoraron extraños su fuerza, y **él no lo supo**; y aun canas le han cubierto, y **él no lo supo**” (Oseas 7:8-9). Israel, es decir, las diez tribus (llamadas Efraín en los profetas), sufría ya una gran decadencia, pero él no lo sabía.

Un recaudo que debemos tener y que reviste la mayor importancia, muy especialmente para los jóvenes, es cuidarnos de no caer en el alejamiento de corazón. El primer paso en esa dirección corresponde a introducir algo que, en nuestra vida, interrumpe el goce del amor de Cristo; entonces, el corazón pierde la dichosa apreciación que tenía de Su amor y de Su gracia. Lo olvidamos, pero Él no nos olvida. En el pasaje de 2.ª Corintios 11:2-3, el apóstol Pablo nos presenta el mismo pensamiento: “Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean **de alguna manera** extraviados de

la sincera fidelidad a Cristo.” El apóstol temía que surgiera entre ellos alguna opinión que los llevara a pensar en Cristo como algo menos precioso. Y a los tesalonicenses les dice: “Ahora vivimos, si vosotros **estáis firmes** en el Señor” (1.^a Tesalonicenses 3:8). Pablo parece decirles: «Si vosotros os alejáis, yo moriré de tristeza.»

Nosotros no siempre percibimos que nos hemos alejado, pero el Señor lo sabe y procura hacernos volver; y lo que restaura es su Palabra. Cuando Israel salió de Egipto tenía un profundo sentimiento de los cuidados y de la protección que les prodigaba Jehová. “Así dijo Jehová: ¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí, y se fueron tras la vanidad y se hicieron vanos? Y no dijeron: ¿Dónde está Jehová, que nos hizo subir de la tierra de Egipto, que nos condujo por el desierto, por una tierra desierta y despoblada, por tierra seca y de sombra de muerte, por una tierra por la cual no pasó varón, ni allí habitó hombre?” (Jeremías 2:5-6). Desde aquel día Jehová no había cambiado, pero el pueblo había perdido su presencia, ¡y tal pérdida lo dejaba insensible! “Y no dijeron: ¿Dónde está Jehová, que nos hizo subir de la tierra de Egipto?” Habían olvidado la gracia y la bondad de Jehová. Y Dios los acusa: “Entrasteis y contaminasteis mi tierra, e hicisteis abominable mi heredad” (v. 7). Dios los había hecho salir de Egipto y los había introducido en Canaán, pero ellos habían perdido todo contacto con él y habían caído en una grosera idolatría. “Los sacerdotes no dijeron: ¿Dónde está Jehová? Y los que tenían la ley no me **conocieron**; y los pastores se rebelaron contra mí, y los profetas profetizaron en nombre de Baal, y anduvieron tras lo que no aprovecha” (v. 8). Tal era la horrorosa situación de Israel. Los sacerdotes y los pastores, así como los profetas y el

pueblo, todos habían olvidado a Jehová. A esto se le puede llamar un alejamiento completo de corazón. ¡Y nosotros debemos reconocer que hoy muchos creyentes se encuentran en tal estado espiritual! Si el goce del amor de Cristo desaparece del alma, ésta se sentirá muy desdichada; pero el Señor quiere hacer volver a tales almas, así como procuraba hacer volver a Israel.

Entonces leemos: “Por tanto, contendere aún con vosotros, dijo Jehová, y con los hijos de vuestros hijos pleitearé. Porque pasad a las costas de Quitim y mirad; y envidad a Cedar, y considerad cuidadosamente, y ved si se ha hecho cosa semejante a esta. ¿Acaso alguna nación ha cambiado sus dioses, aunque ellos no son dioses? Sin embargo, mi pueblo ha trocado su gloria por lo que no aprovecha. Espantaos, cielos, sobre esto, y horrorizaos; desolaos en gran manera, dijo Jehová. Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (vv. 9-13). He aquí su argumento: «¿Acaso las naciones —los paganos— hicieron alguna vez lo que ha hecho mi pueblo? Mi pueblo cambió su gloria por lo que **no aprovecha en absoluto**.» A lo largo de las Escrituras se ve lo que de veras es importante: lo que **aprovecha**. Preguntémonos: ¿nos ha dado algún beneficio el hecho de apartarnos de Dios?

Las cosas temporales, los negocios, los deberes y las preocupaciones de la vida, ¿nos rendirán algún provecho cuando eclipsan a Cristo en nuestra vida? Nuestro corazón sólo puede responder: ¡no! “Y él les dio lo que pidieron; mas envió flaqueza (o consunción) en sus almas” (Salmo 106:15; RV 1909). ¿No es evidente? Si deseamos llenarnos del mundo, lo obtendremos. Dios jamás nos fuerza a que nos consagremos a él. En Emaús, el Señor Jesús “hizo como que iba más lejos”; los dos

discípulos tuvieron que obligarle a entrar, y entonces leemos: “Entró, pues a quedarse con ellos” (Lucas 24:13-32).

Lejos de Cristo no hay alimento para el alma, no hay paz ni descanso. Cuando perdemos el sentimiento de que le pertenecemos, perdemos todo el bien que se encuentra en el hecho de pertenecerle. ¿No es extraordinario que Dios llame por testigos a los cielos para contemplar a un pueblo que se alejó de él (v. 12)? “Me dejaron a mí, fuente de agua viva” ¡Qué título maravilloso: fuente de agua viva! ¡Y qué privilegio es estar en contacto con ella! Dios se nos presenta con todo el frescor de su gracia y la energía viva de su amor. “Me dejaron a mí... y cavaron cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (v. 13). ¡Cisternas rotas! Poco importa que ellas sean grandes o pequeñas: si mi cisterna no es Cristo, entonces tendré solamente una cisterna rota. ¡Ay!, ¡cuántos santos hoy tratan de beber en cisternas rotas! Ellos buscan en vano; allí no hay agua; las cisternas rotas no la retienen. Lo que no proviene de Cristo jamás podrá saciar mi sed.

¡Que Dios nos guarde de alejarnos! Dios había sacado a su pueblo fuera de Egipto y lo había libertado; ¿por qué, pues, había venido a ser presa (v. 14)? El alma que es libre, que conoce algo del amor de Dios, ¿acaso debe volver a la esclavitud? ¡Oh, que nada venga a interponerse entre nuestro corazón y Él!

El capítulo 2 debe ser leído por entero cuidadosamente. Señalemos que Dios procura alcanzar tanto la conciencia como el corazón. “¿No te acarreó esto el haber dejado a Jehová tu Dios, cuando te conducía por el camino?” (v. 17). Todo lo que le ocurrió a este pueblo era el fruto de su propia actividad. “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra

para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gálatas 6:7-8). No podemos arrojar un puñado de semillas y cosechar de ello otra cosa que lo que tales semillas producen. Tal pena y tal prueba que nos sobrevienen son a menudo el fruto de alguna semilla que nosotros mismos hemos arrojado, quizá muchos años antes, en tiempos en que nos mantuvimos alejados del Señor. Pero, una vez vuelto a Él, puedo dar un vistazo hacia atrás y no olvidarme que había arrojado una semilla de la cual, necesariamente, tendré que cosechar los frutos.

En el versículo 19 del capítulo 2, hallamos por primera vez la palabra “rebeldía” o “rebelión” (vocablo que significa infiel, desleal, en los versículos 6, 8, 11, 12, 14 y 22 del capítulo 3). Es la palabra característica en el comienzo del libro de Jeremías. Y bien puede aplicarse a un corazón que se ha alejado del Señor y le falta el temor de Dios (2:19). Tal ausencia de temor es el primer paso que lleva al alejamiento, es el comienzo de la decadencia. Y “lejía” y mucho “jabón” (2:22), es decir, una purificación exterior, no corregirá las cosas, porque lo que debe ser puesto en orden es el corazón.

Las preguntas que Jehová hace a su pueblo en el último párrafo de este capítulo nos dan pruebas de su amor y de sus incansables cuidados. Si perdemos el sentimiento de la gracia, dejaremos de hallar nuestras delicias en Cristo; y muy pronto llegaremos a decir: “Nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano” (Números 21:5). Pero, aun cuando nosotros lo olvidemos, Él jamás nos olvida. El Señor se ocupa de la restauración de los que se han alejado.

En el capítulo 3, Jehová utiliza otra figura y compara el pecado de su pueblo con la prostitución. “Mas ¡vuélvete a mí!

Dice Jehová” (v. 1); tan intenso es su deseo de verlos volver. De nuevo, en el versículo 8, se señala la falta de temor. “La rebelde Judá no se volvió a mí de todo corazón, sino **fingidamente**” (v. 10). Aquí hallamos una gran lección para nosotros: El Señor sólo quiere lo que es real. En días del rey Josías se había producido un despertar; pero el corazón del pueblo no se había vuelto verdaderamente hacia Jehová; sólo se había sometido a la influencia del piadoso rey. El retorno del pueblo había sido “fingido”.

Jehová multiplicó sus apremiantes llamados para que se volvieran a él, llamados que siempre estuvieron acompañados de la más perfecta gracia: “Misericordioso soy yo... no guardaré para siempre el enojo...yo soy vuestro esposo” (vv. 12-14). Pero, ¿cómo volver? ¿Cómo debe proceder el alma que reconoce no haber hallado otra cosa que cisternas rotas, cuando procuraba saciar su sed, para poder acercarse a la fuente de aguas vivas que había depreciado? Sólo hay un camino: la confesión, tal como lo leemos en 1.ª Juan 1:9 y en los textos que estamos considerando: “Reconoce, pues, tu maldad” (v. 13). No había ruptura de parte de Dios. Él dice: “Hijos rebeldes... yo soy vuestro esposo” (v. 14).

Desde el versículo 16 hasta el versículo 20 vemos cómo Dios, más tarde, ganará y restaurará a Israel. El versículo 21 revela cuál es el estado moral que precede a la restauración: el “llanto de los ruegos”. Luego, en el versículo 22, vemos el efecto que produjo el conmovedor llamado: “Convertíos (o volved) hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeliones.” Ellos responden: “He aquí nosotros venimos a ti, porque tú eres Jehová nuestro Dios.” El alma que escucha el llamado a volver, dice: “Venimos a ti.”

Pero si las almas no están dispuestas a escuchar, caerán cada vez más bajo y su alejamiento será mayor: “Sus rebeliones se han multiplicado, se han aumentado sus deslealtades” (Jeremías 5:6). Y así llegan a un alejamiento continuo, del cual no quieren volver: “¿Por qué es este pueblo de Jerusalén rebelde con **rebeldía perpetua**? Abrazaron el engaño y **no han querido volverse**” (8:5). ¡Qué atención debemos prestarle a estas palabras: “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo... para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (Hebreos 3:12-13)!

Sólo hay un medio para detenerse en la pendiente: reconocer sinceramente el propio estado espiritual y mirar a Dios para ser librado. Ello puede expresarse así: “Aunque nuestras iniquidades testifican contra nosotros, oh Jehová, actúa por amor de tu nombre; porque nuestras rebeliones se han multiplicado, contra ti hemos pecado” (Jeremías 14:7). Esto no significa aún que se haya llevado a cabo la restauración efectiva, sino los ejercicios que conducen a ella. Al respecto, es útil leer el capítulo 14 del profeta Oseas. En éste, Dios nos presenta, en otros términos, la manera en que el alma vuelve a Jehová. Primero vemos el llamado de Dios (vv. 1-2), luego la respuesta del alma que vuelve, sintiendo verdaderamente Su gracia. Tal sentimiento, junto con el de Su misericordia, es lo que siempre conduce al alma a Dios. Y entonces viene la respuesta de Dios: “Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia; porque mi ira se apartó de ellos” (v. 4). Nada podría alentar más que esto a un alma que vuelve al Señor; se trata del triunfo del amor.

Luego vienen los efectos de la restauración: “Yo seré a Israel como rocío...” etc. Si hemos llegado a alejarnos y a aban-

donar al Señor, no pensemos ni por un instante que todo ha terminado y que la restauración es imposible. No; si nos volvemos al Señor, él nos tendrá reservados días mejores. Creo que Dios puede llevarnos a disfrutar de algo mejor que aquello que perdimos al alejarnos. Podremos gozar de una comunión más profunda y más plena con el Señor. Pienso que su gracia puede conducirnos al disfrute de una posición aún más bendita en sus afectos.

Que Dios nos conceda a todos el deseo de guardar su Palabra y la capacidad de comprender bien que sus caminos son caminos de amor, particularmente para con aquellos que se han alejado. Y si éste es tu caso, querido lector, recuerda que el corazón de Dios está lleno del más tierno amor hacia ti, y que procura siempre tu restauración para Su gloria.

*Tu tierno amor, cual Tú, invariable,
atrae mi alma para gozar,
en la luz tuya, dicha inefable
que sus destellos da sin cesar.*

*Si alguna nube se me presenta,
de Ti quitándome el resplandor,
divino Amigo, tras la tormenta
como antes brillas con tierno amor.*

*Que de Ti nada pueda apartarme;
y si de nuevo, Señor Jesús,
en mi flaqueza vuelvo a desviarme,
haz que muy pronto torne a tu luz.*

Anónimo (original en inglés) (M. E. 1964)

EL ALIMENTO DEL CREYENTE

Josué 5:9-15

MEDITACIONES DE J.N. DARBY
Nº 245

La vocación o el llamamiento del cristiano es algo maravilloso. El creyente no sólo tiene delante de sí la gloria venidera, sino que, a causa de poseer la naturaleza divina, es llamado a ser semejante a Cristo. Por eso, en Efesios 5:25-27 leemos: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa...” La Palabra santifica, pero lo que glorifica en el presente es la comunión con Jesús en la gloria. Al gozar de lo que Él es, somos hechos participantes de su gloria.

Las exhortaciones que leemos en la epístola a los Efesios se resumen en esto: hemos sido llevados a conocer al Dios de gracia y de gloria; por lo tanto, este conocimiento debe manifestarse en nuestra conducta (v. 1). En el mismo sentido, en Mateo 5:48, el Señor dice: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” Así, lo que se conoce espiritualmente en el corazón, se reproduce en el andar y en el testimonio, tal como el ejemplo que también nos ofrece el apóstol Juan: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida... eso os anunciamos” (1.ª Juan 1:1-3).

De modo que según la medida en que yo discierna a

Cristo y goce de él, así también lo manifestaré en mi vida, pues su presencia en mi alma es lo que juzga la carne y la fuente de mi gozo y de mi fuerza.

Consideremos de qué manera Cristo puede así alimentar y sostener nuestras almas, y hacernos gozar de él permanentemente, aun en medio de las dificultades de la vida presente. Si no permitimos que el Señor entre en todas nuestras circunstancias, nuestras almas lo amarán más débilmente y nuestro corazón se enfriará.

Podemos considerar tres cosas que debe recordar todo creyente:

Primero, que es un pecador redimido, objeto de la gracia.

En segundo lugar, que su parte se encuentra con Cristo en la gloria.

Y, finalmente, que mientras esté en la tierra, Cristo es para él lo que el maná era para Israel.

Este último hecho tiene un carácter temporal a fin de sostenernos en la travesía por el desierto; los dos primeros son eternos.

Cuando Dios visitó a su pueblo en Egipto, no le mencionó que tendría que atravesar el desierto, sino que le habló de Canaán. De la misma manera, cuando Dios nos libra del mundo mediante el conocimiento de Jesús, nos habla del cielo. El objetivo que Él tiene en vista para nosotros es la gloria. No obstante, nosotros a menudo nos detenemos a considerar nuestras circunstancias presentes; pero cuando el Espíritu obra en un alma, ésta ve únicamente el objetivo ante sí. Pablo no vivía en las cosas que se ven y que para él eran nulas, sino que permanecía en el goce de las cosas eternas.

La primera condición necesaria para poder considerar así al mundo, como nulo, es saber que ya no somos del mundo. Dios nos halló en el pecado, en el cual estábamos lejos de él, y obró como fue necesario para ubicarnos en el cielo. Así como resucitó a Cristo, sacándolo de la muerte, y lo hizo sentar a su diestra, así también, mediante el mismo poder, nos ha sacado de nuestro estado pecaminoso para introducirnos en el cielo, aboliendo nuestra primera condición.

En el pasaje que hemos leído, vemos que el pueblo celebró la Pascua en Gilgal y comió del fruto de la tierra, reemplazando con ello el maná, el cual cesó a partir de ese momento. Todo esto habla al corazón del creyente; le hace ver que tiene que vivir en el cielo, alimentándose de Cristo glorificado. Su parte no consiste solamente en estar a resguardo del juicio de Dios, sino en gozar de las cosas celestiales.

Israel ya no estaba en Egipto, sino en el desierto; había sido librado del Faraón. Sin embargo, no comía del fruto de la tierra prometida. Sucede lo mismo con un creyente que sólo comprende que tiene la salvación en Cristo y no va más allá: ya no está bajo condenación, pero no puede glorificar a Dios con inteligencia espiritual; se encuentra a resguardo del juicio, pero no conoce los plenos y gloriosos resultados de la obra de Cristo.

Es, pues, necesario primeramente que toda lucha o todo temor en cuanto a la salvación haya cesado por entero y que conozcamos a Dios como Salvador. Un creyente es aquel que puede decir: «Cristo ha consumado todo, ha hecho todo para mi salvación y me ha arrancado del poder de Satanás»; así como Israel podía decir: «Ya no temo a Faraón, pues él fue sepultado en el fondo del mar.» La liberación es completa; Dios se ha ma-

nifestado como nuestro Dios Salvador; por lo tanto: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31). Poco importa, pues, que Satanás y el desierto estén aún allí, puesto que yo sé que Dios está por mí.

Pero aún hay otra verdad que también necesito comprender: el Jordán existe. Cristo murió y resucitó por mí; esto es lo que me dice la cruz. Pero el Jordán me dice que estoy muerto y resucitado con Cristo. Vivir la realidad del conocimiento y el goce de nuestra unión con Él es comer “del fruto de la tierra”, es estar en el cielo.

Una vez introducidos en la tierra prometida, comienza el combate contra los enemigos que se encuentran allí, pero se puede comer del “fruto de la tierra”. El pueblo acampó en Gilgal, el lugar de la circuncisión. Si se tiene conciencia de estar en el cielo, entonces se puede juzgar todo a la medida del cielo. Si mis afectos están arriba, tendré la fuerza para dejar las cosas del mundo. Es necesario permanecer allí, en lo alto, para juzgar la carne en la presencia de Dios.

Cuando el pueblo hubo comido “del fruto de la tierra” el maná cesó. Cuando el creyente experimenta realmente su posición celestial, goza de la redención de una manera totalmente nueva. Al principio, piensa en sus pecados y en Cristo, quien los quitó; aprende que antes era un pobre pecador y que Cristo lo ha hecho entrar en la presencia de Dios. Pero luego aprende que Dios lo ama como ama a Cristo, que goza del favor de Dios; comprende el pensamiento de amor de tal redención hecha por Jesús y comienza a apreciar la obra de Cristo tal como Dios la aprecia, y así tiene los mismos pensamientos que Dios al respecto. Entonces el alma considera a Cristo y se alimenta de él de una manera totalmente nueva. Ya no se trata únicamente

de que he sido libertado, sino que sigo a Dios mismo en Cristo, contemplo toda la perfección del Cordero que está en el cielo. Y si pienso en el grado de humillación al que Él se sometió, la cual lo llevó hasta la cruz, y en el despojamiento de sí mismo para reivindicar los caracteres y la gloria de Dios, para que Dios pudiera manifestarse justo sin abdicar de su amor, y obrar en amor sin abandonar su justicia, entonces me prosterno y adoro a Cristo.

El Hijo del Hombre fue glorificado por Dios, porque Dios fue glorificado por él. Él renunció a todo y tuvo una confianza absoluta en el Padre, incluso estando en la cruz, tal como lo expresa el Salmo 22: “Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel” (v. 3). Él se humilló voluntariamente; fue hasta el fin y bebió la copa, para que Dios fuera glorificado.

Todo esto constituye mi alimento ahora. El creyente que por la fe está en el cielo contempla a Cristo y lo adora. Cuanto más espirituales seamos, tanto más comprenderemos la gloria que Cristo ha querido compartir con nosotros, quienes estamos destinados a ser semejantes a él. Cristo en el cielo ¿es objeto de mi afecto? ¿Me siento feliz de verle allí? Él quiere que nuestros corazones encuentren un alimento para contemplarle en la gloria: “Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre” (Juan 14:28). Y cuando recordamos que Jesús fue humillado y rechazado por el mundo, nos sentimos felices de contemplarlo en el cielo. Cristo en la gloria es el alimento apropiado para nuestras almas; es el “fruto de la tierra” en la cual hemos entrado por la fe. Pues el creyente es del cielo, y su corazón se alimenta de Cristo glorificado.

Sin embargo, así como cuando el pueblo llegó a Canaán tuvo que enfrentar a enemigos, así también el creyente, habiendo entrado en los lugares celestiales por la fe, aún tiene luchas que

reñir, pues el descanso completo y perfecto sólo llegará cuando la entrada en el cielo sea efectiva. El creyente fue sacado de Egipto, el mundo, donde se encontraba como pecador; ahora es de Canaán, pero también atraviesa el desierto, y algunas veces su corazón se cansa y vuelve atrás, a Egipto. El mundo debe ser para él solamente lo que fue para Jesús: una “tierra seca y árida donde no hay aguas” (Salmo 63:1). Es un desierto donde se encuentran las serpientes ardientes, pero es preciso atravesarlo con Dios; y allí podemos superar todo si nuestros corazones se alimentan de Cristo. ¿Por qué no es siempre así? Porque no comemos “del fruto de la tierra”, porque no permanecemos en comunión con el Señor.

A diferencia de lo que sucedía con el pueblo de Israel, el creyente que experimenta realmente su posición celestial se encuentra a la vez en el desierto y en Canaán. Por eso puede alimentarse al mismo tiempo del “fruto de la tierra” y del maná, el cual, una vez más, es Cristo. Jesús habla de ello en Juan, capítulo 6: “Mi padre os da el verdadero pan del cielo” (v. 32). Nosotros tenemos que alimentarnos de él, como el verdadero maná. Cuando Jesús subía al monte, para él era como el “fruto de la tierra”: Él se alimentaba de la gloria. Cuando descendía se enfrentaba con el poder de Satanás, pero en todas las circunstancias del desierto, Jesús vivía de la vida de su Padre.

Jesús pasó por este mundo en el poder de la fe, velando en oración; y esto tanto más cuanto más crecían las dificultades, prosiguiendo su camino con el socorro de su Padre. Así también nosotros debemos alimentarnos de Él, quien fue tentado, humillado y se mostró fiel en todas las cosas. Nuestro privilegio es imitarlo, vivir realmente como discípulos suyos y manifestar ante el mundo algo de sus perfecciones. Si el creyente camina con

Cristo, se podrá ver en él bondad, paciencia y dulzura. En Jesús, el efecto que produjeron las tentaciones que le presentaban fue el de resaltar siempre la gracia perfecta que estaba en él. Si permanezco cerca de Él, podré soportar un insulto y mantenerme en la mansedumbre, porque me alimento de aquel que fue manso.

Eso no significa que el hecho de ser creyente me imponga una obligación legal de obrar así, sino que tengo todos los recursos para comportarme en consecuencia, porque no soy del mundo, sino del cielo. Tal es el maná para el creyente, y nos conviene alimentarnos de él cada día, diligentemente, pues el maná de un día se echaba a perder al día siguiente. En esa actitud se encuentra el secreto de una vida que glorifica a Dios, la cual reproduce los caracteres de Cristo en cualquier situación.

Otro hecho más se nos señala en los versículos 13 a 15. Antes de que el pueblo riñera el primer combate, Cristo mismo se presentó como jefe del ejército. Josué le preguntó: “¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?” Efectivamente, cuando se trata de Cristo, uno está a favor de él o está en contra de él, sin que exista otra posición. Cuando es cuestión de seguir a Cristo en el cielo, el corazón se manifiesta. Cuanto más espiritual es un creyente, tanto más estará comprometido con el Cristo celestial y con las cosas de lo alto. Por el contrario, la actitud de un creyente carnal se opone totalmente al pensamiento del Señor y a la verdadera bendición del pueblo de Dios.

Al finalizar, señalemos que, para salir a combatir sus batallas, el pueblo debía tener a Gilgal como punto de partida, tal como lo leemos luego. El juicio continuo de sí mismo, o la humillación en caso de caída, a fin de que el alma sea restaurada, son las condiciones necesarias para obtener las victorias de la fe.

Si deseamos conocer el gozo celestial es necesario alimentarnos de Jesús como el maná que desciende del cielo, el cual es suficiente para todas nuestras circunstancias. Entonces podremos gozar de Él y de la gloria como de nuestra porción eterna.

(M. E. 1934)

MEDITACIONES BREVES

Nº 5

Salmos 23 y 24

Cuando estudiamos los Salmos, descubrimos a cada paso que en unos pocos versículos se encuentran abarcados temas inmensos. Generalmente, tales Salmos tienen como tema a la persona de Cristo y las bendiciones que Él nos comunica.

Vemos esto, por ejemplo, en el Salmo 16, donde contemplamos a Jesús como siervo perfecto y modelo para nosotros en el curso del servicio.

También lo vemos en el Salmo 22, el cual nos presenta a Cristo como víctima, consumando solo la obra de la salvación, luego como Salvador resucitado, asociando a los suyos, y hasta los extremos límites del siglo venidero, a todos los resultados de su obra.

Asimismo, lo vemos en el Salmo 110, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, haciendo participar a los suyos de todos los resultados de la posición que él ha tomado, verdadero

Melquisedec, Cabeza de la Iglesia la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

El Salmo 23 pertenece también a esa categoría de Salmos. En él vemos al Señor recorriendo personalmente todo el sendero que deben recorrer sus ovejas, tomando conocimiento de las necesidades que tienen, evaluando los recursos con que cuentan, sondeando los peligros del camino, explorando éste hasta el fin y superando él mismo todos los obstáculos a fin de poder ubicarse luego a la cabeza de ellas. Como buen Pastor, él sacia la sed de sus ovejas, les brinda reposo y alimento; y, por amor de su nombre, las guía y las consuela en la prueba al pasar por el valle de sombra de muerte, les adereza mesa en medio del desierto y las hace participes de los dones de su Espíritu.

Este Salmo abarca, pues, **toda la marcha** del creyente en este mundo, así como el Salmo 16 abarca **todo su servicio**. El Señor pasó por ese camino y lo conoce muy bien; Él no nos oculta que está erizado de dificultades. Por lo cual nos dice: “En el mundo tendréis aflicción”; pero añade: “Confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

En el Salmo 24, hallamos la descripción de la “casa de Jehová” en la cual la oveja “morará por largos días” (Salmo 23:6). ¿Quién entrará allí? Pues el Señor mismo, el fuerte y poderoso; ¡él es el Rey de la gloria! Las puertas levantarán sus dinteles a Su altura para que él pueda pasar a través de sus arcos triunfales. El Espíritu de Dios quiere llenar nuestros ojos de la visión de dicha gloria. Pero **Él nos concede** tal gloria. Nosotros entraremos **con Él** en “su lugar santo”; estaremos allí **con Él**.

¡Ved cómo se relacionan los Salmos 22, 23 y 24! Estos tres Salmos, después de hacernos considerar la ignominia de la cruz, nos guían a las bendiciones de la resurrección y, a través de

toda nuestra carrera terrenal, hasta el lugar donde finaliza el camino; es decir, ¡ante la gloria del Hijo de Dios y la de la casa del Padre!

H. Rossier (M.E. 1921)

EXTRACTO DE CARTA DE H. ROSSIER

15 de noviembre de 1919

Al Sr. U.D.:

Entre nosotros hay algunos enfermos. Hace unos días, uno de ellos, que está postrado en la cama desde hace un año y medio, y cuya invalidez no le permite mover siquiera el meñique, en medio de **grandes sufrimientos**, me decía: «Por cierto, estoy sufriendo mucho, pero **en mi interior, ¡todo canta!**» ¿No es delicioso oír estas palabras?

En cuanto a mí, querido hermano, mis ochenta y cinco años no me pesan demasiado, y vivo la dichosa experiencia de poder ofrecer la mano caritativa, dispuesta a socorrer, como un padre afectuoso.

Creo que estoy disfrutando de una manera más duradera la preciosa e invaluable comunión con el Padre y con el Hijo. Así, a medida que uno avanza, la Palabra viene a ser más un asunto de goce en el corazón que de goce intelectual y, por consecuencia, más eficaz cuando tenemos la oportunidad de presentarla a otros, porque los ríos de agua viva sólo corren de aquellos que, habiendo sentido sed ellos mismos, han acudido al Señor para beber del agua que él da.

(M.E. 1954)

*Jesús en breve volverá
y tomará su pueblo a sí;
del mundo Él nos llevará
al buen hogar del Padre allí;
su rostro y su gloria a admirar,
su gracia por siempre loar.*

*En breve nos vendrá a buscar,
nos urge el tiempo redimir;
cuidemos siempre de agradar
al que muy pronto ha de venir,
mirando atentos el albor
cual el que espera a su Señor.*

*En breve el tiempo pasará,
¿por qué esquivamos nuestra cruz?
Por ella Dios nos obra ya
la muerte y la vida en Jesús;
y al fin su gloria y bendición,
será de Él cabal porción.*

*En breve ¡ven Señor Jesús!
La Esposa llama a su Señor;
ansía ver en plena luz
el rostro de su Salvador;
viendo Él "la perla" que anheló,
por quien su sangre misma dio.*

*¡Oh puertas, alzad vuestras cabezas!
Vosotras, puertas eternas, alzaos hoy
y el Rey de gloria entrará.
¿Quién es este Rey de gloria?
Él es el Señor, el Vencedor Jesús;
Él es el Rey de la gloria.
¡Oh puertas, alzad vuestras cabezas;
vosotras, puertas eternas, alzaos hoy!,
y el Rey de gloria entrará. ¡Amén!*